



SPANISH A1 – HIGHER LEVEL – PAPER 1
ESPAGNOL A1 – NIVEAU SUPÉRIEUR – ÉPREUVE 1
ESPAÑOL A1 – NIVEL SUPERIOR – PRUEBA 1

Wednesday 4 November 2009 (afternoon)
Mercredi 4 novembre 2009 (après-midi)
Miércoles 4 de noviembre de 2009 (tarde)

2 hours / 2 heures / 2 horas

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

- Do not open this examination paper until instructed to do so.
- Write a commentary on one passage only.

INSTRUCTIONS DESTINÉES AUX CANDIDATS

- N'ouvrez pas cette épreuve avant d'y être autorisé(e).
- Rédigez un commentaire sur un seul des passages.

INSTRUCCIONES PARA LOS ALUMNOS

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- Escriba un comentario sobre un solo fragmento.

Comente sólo **uno** de los textos 1 o 2.

1.

Las lechuzas de Santa Marta

La aventura a que Lina convidaba no constituía por lo tanto en invadir la nave, sino en trepar hasta el techo a dos aguas, escalando el altar. A medida que pasaban los inviernos tal empresa se transformaba en rara hazaña, porque pocas molduras resistían firmes, y las cabezas de los ángeles que utilizaban como peldaños, bailoteaban sobre sus troncos dudando entre caerse o no.

5 Además, la iglesia carecía de otras aberturas que la puerta grande de entrada, siempre cerrada, y la puertecita lateral que no comunicaba con la nave sino con la sacristía vacía. De ahí que cuando estaba clausurada, su única iluminación venía de las fisuras en el techo por donde, en los días de pleno sol, se proyectaban espadas de luz bajo las cuales las niñas agitaban las manos para ver moverse encima de sus cabezas millares de partículas de polvo dorado. Lo demás del

10 templo quedaba en una suave penumbra de la que emergía el brillo de algún resto de oro en los trajes de los santos.

No bien entraban el corazón comenzaba a batirles con zozobra, pues sus pasos callados despertaban a las lechuzas que se removían en el techo, entre las vigas donde construían sus nidos, chistando en son de alarma.

15 – Allí hay una.

Eran dos ojos brillantes que emergían de las sombras con pupilas que se aproximaban en un gesto torvo. Para disimular, las dos niñas saltaban por la nave de uno a otro rayo de sol como en un inocente juego de esquinas, hasta que de pronto, sin concertarse, juntas se echaron a correr hacia el altar, encaramándose vertiginosamente sobre los tablones partidos de la mesa.

20 El brazo de San Cristóbal comenzaba a aflojarse pero los hombros seguían siendo fuertes, capaces de sostener a las niñas, quienes desde allí se aferraban de las alas de los ángeles custodios para llegar a la cornisa de piedra. Ésta les ofrecía un camino de dos palmos de ancho, sobre el que se desplazaban gateando hasta llegar a la primera viga que cruzaba el altar en lo alto. Aún antes había que evitar las telas de araña que cerraban el camino, y, lo más tremendo, a

25 las ratas que de pronto aparecían frente a ellas, dando vuelta a un recodo. Sabían que debían limitarse a esperar, como con las lechuzas: quedarse quietas mirándolas fijamente mientras agitaban sus hocicos peludos, hasta que giraran rápidamente sobre sí mismas y se alejaran con sus colas ondulantes.

El triunfador era quien, por llegar primero a un nido, se apoderaba de los huevos. Pero el

30 primero que hallaron, sobre la viga podrida que unía las paredes laterales del altar, fue uno que contenía tres lechucitas desplumadas que giraban las cabezas como enloquecidas, profiriendo toda clase de graznidos.

Lina se detuvo, diciendo a Elvira que la seguía: “Espera, voy a sacar una.” No bien lo había dicho, – y aún antes de que extendiera la mano – cuando con un vuelo sordo se posó

35 frente a ella la madre lechuza, mostrándole las plumas erizadas y dos ojos amenazantes junto a un pico temible. La sorpresa de ese vuelo que rozó su cabeza, la proximidad del ave, la furia que revelaban sus ojos, le infundieron pánico. Trató de retroceder, encontrándose bloqueada por su compañera, quien sin saber lo que pasaba la empujaba hacia adelante, quejándose de que le había pisado las manos.

40 La lechuza se esponjó como si fuera a precipitarse sobre la presa humana, y avanzó con paso majestuoso. Lina urgió a Elvira para que le dejara libre la viga, mientras retrocedía apresurada. Empezó a darse vuelta, pensando que si extendía un brazo podría aferrarse de la cornisa, y al intentarlo se precipitó en el vacío.

45 No gritó porque no llegó a darse cuenta de que caía. Su cuerpo encajó en el arco del brazo inútilmente levantado de San Cristóbal, y allí quedó sostenido, sólo un instante. El golpe desgarró el brazo que con el crujido de una rama seca se inclinó lentamente, y la dejó caer desde escasa altura, ilesa.

50 Cuando se alzó del suelo, sin comprender bien qué había ocurrido, vio al santo de palo con ambos brazos colgando, que la miraba con sus grandes ojos mustios pintados de negro; y le pareció uno de esos mendigos que exponen en las ferias su miseria para obtener limosna.

55 Quien se asustó fue Elvira; tanto que no atinó a salir de la cornisa. Por ella las descubrieron. A pesar de las exhortaciones de Lina no se arriesgó a poner los pies sobre las alas de los ángeles para desencaramarse por el altar. Chillaba aterrorizada, en lo alto, secundada por un coro de exasperadas lechuzas, y fue necesario llamar a la madre quien trajo una escalera para descenderla a tierra.

Desde aquel día les quedaron prohibidas las lechuzas de Santa Marta.

Pilar, la madre de Elvira, comentaba luego: “Si no se mataron fue porque los ángeles las protegieron.”

Ángel Rama, *Tierra sin mapa* (1961)

2.

Primer día de vacaciones

Nadaba yo en el mar y era muy tarde,
justo en ese momento
en que las luces flotan como brasas
de una hoguera rendida
5 y en el agua se queman las preguntas,
los silencios extraños.

Había decidido nadar hasta la boya
roja, la que se esconde como el sol
al otro lado de las barcas.
10 Muy lejos de la orilla, en el crepúsculo,
me adentraba en el mar
sintiendo la inquietud que me conmueve
al adentrarme en un poema
o en una noche larga de amor desconocido.

15 Y de pronto la vi sobre las aguas.
Una mujer mayor,
de cansada belleza
y el pelo blanco recogido,
se me acercó nadando
20 con brazadas serenas.
Parecía venir del horizonte.

Al cruzarse conmigo,
se detuvo un momento y me miró a los ojos:
no he venido a buscarte,
25 no eres tú todavía.

Me despertó el tumulto del mercado
y el ruido de una moto
que cruzaba la calle con desesperación.
Era media mañana,
30 el cielo estaba limpio y parecía
una bandera viva
en el mástil de agosto.
Bajé a desayunar a la terraza
del paseo marítimo
35 y contemplé el bullicio de la gente,
el mar como una balsa,
los cuerpos bajo el sol.
En el periódico
el nombre del ahogado no era el mío.

Luis García Montero, *Habitaciones separadas* (1994)